

muy grande no cabe en unas pinzas tan desacreditadas.

“Todo pueblo es dueño de sus destinos,” y la infeliz Cuba sin duda no debe serlo de los suyos propios, sino que éstos, quiera ó que no quiera, han de pertenecer siempre á nuestra cariñosa, buena, generosa y queridísima mamá. Pero debido al machético insurrecto veremos á ver si logramos que realmente sea lo que en principio y por ley de la naturaleza debe ser, para no “tener que confesar que España es nuestra única patria, en cuya historia no brilla una estrella solitaria, sino toda una constelación” sin gloria que “oscurece el cielo de la humanidad” con nubes preñadas de sangre y lágrimas.

“Arrancar la raíz” de un gobierno tan malo como ambicioso, “sembrar de nuevo” en aquel suelo privilegiado los principios republicanos conquistando nuestra independencia. “Eso es todo”, y prometemos para lo sucesivo no ocuparnos de quien no combate con sus propias fuerzas sino que pide auxilio á quien nosotros le debemos respeto y que como huéspedes bien educados no molestaremos nunca.

A. TILA.

INTRUSOS.

Llamar en la América Libre intrusos á los americanos que simpatizan y defienden el movimiento separatista cubano, es el colmo de lo ridículo; porque la revolución que existe hoy en Cuba no es de partidos; es y sépanlo una vez más los que creen que es guerra de raza, el esfuerzo que un pueblo latino americano hace por arrojar de sus últimos baluartes el antes poderoso dominio de la invencible Iberia sobre la América; es el último capítulo de ese libro inmortal cuyos primeros párrafos escribieron Bolívar, Hidalgo, San Martín, Páez, Louverture y Sucre, literatos de plumas de acero y tinta roja indeleble y con títulos imborrables aunque las generaciones pasen en tropel, como Maípu, Junín, Pichincha, Carabobo, Guanajuato... y aquella célebre hoja, redactada con energía de vencedor, aquella que hizo del guerrero infatigable, Mariscal y

Libertador de un pueblo, la inmortal Ayacucho.

Americanos fueron los editores primeros de esa obra monumental: los americanos son los cubanos que aspiran á la independencia de su patria de la tutela de España, para ver completo ese libro cuyo último capítulo ve la luz en los campos de Cuba, reservándose el epílogo para los de Puerto Rico.

El suramericano, como el centroamericano, que defiende la libertad de la Perla Antillana, no hace otra cosa que estar en el lugar que la dignidad le exige; en esa lucha por el derecho patrio se han trocado los andrajos del servilismo y la esclavitud por la túnica de la libertad, desde la cuna de Moctezuma, hasta las pampas de la Argentina.

Todos los hijos del nuevo mundo tienen derecho á simpatizar con los que no olvidan el ejemplo del libertador de cinco naciones, de las garras de la invencible, en cuyos dominios no se ponía el Sol.

La causa de Cuba es la causa de la América.

AGAETRA.

HORRORES DE LA GUERRA DE CUBA

Traducción del "Herald."

Lluvia, fango y fuego
Pestilencia, muerte
y desolación.

(CONTINUA.)

Un día en la trocha.

Un día en la trocha es un día en el infierno. Elijamos por ejemplo el puesto de Sapotillo. Frente á los desparramados ranchos bosteza el mugriento y fangoso foso, del cual se eleva, fluctuando en la grisácea aurora cual bandera de muerte, el azuloso miasma de la fiebre. Ya en las revueltas del camino que se dirige al puerto de Mariel, va arrastrándose la triste caravana de enfermos y de heridos, á quienes el vapor trasiadará á la Habana. Aún pueden distinguirse las blancas camillas suspendidas entre mulas, los negros conductores de desnuda pantorrilla, la lánguida guardia de soldados y los oficiales á caballo.

A medida que desaparecen, elevase el sol en el azul del cielo cual roja bala de cañón, pues no existe transición alguna del blanco gris del alba al calor abrasador del día. El sol hiere la tierra con látigos de fuego y la exhuberante naturaleza permanece en silencio. Ni un solo tomeguín gorjea en los matorrales. Desde la sombra que nos

otrece un grupo de palmeras vemos al vigilante de la torre guareciéndose tras las móviles ventanillas. Otros centinelas á lo lejos recorren pausadamente el puesto de servicio, apocados por el sol y encogiéndose cual ante el fuego de una brasa. Hacia el borde del bosque situado al Este, distínguese un destacamento de soldados de amarilliso uniforme, ocupados en cavar larga y estrecha fosa para aquellos que durante la noche han lanzado el último suspiro.

De repente uno de ellos vacila y cae. Lo levantan y lo conducen á la ligera y vacilante sombra de una palma, donde se le ve boqueando como á un pez salido del agua. Los compañeros mientras tanto prosiguen su labor, y cuando terminen llevarán al infeliz postrado al hospital. Tres ó cuatro oficiales han hecho ya su aparición, bostezando de fastidio y sorbiendo á pequeños tragos su café á la sombra de un techado.

El largo rancho que sirve de hospital encuéntrase completamente vacío, pues los muertos y enfermos han sido removidos antes de que amaneciese. De repente suena una corneta y se oye el golpear de los fusiles y el ruido de otras armas, formándose las tropas en revista para el ejercicio matutino. Encuéntrase al mando de un teniente, pues su capitán y su coronel no están por abandonar la bienhechora sombra.

Acá y allá entre las filas de flacos y angulosos mozos que pasan en la Trocha por soldados, encuéntrase uno que otro convalesciente de la fiebre ó las viruelas. Algunos presentan el rojizo color de cara de la primera enfermedad, y la mayor parte de los otros las oprimidas mejillas, lánguidos movimientos y mirada sin brillo del último mal.

Unos cuantos parecen desesperados y prontos á desertar, y todos en general están sudorosos, quemados y derretidos por el sol. No es extraño que en tales circunstancias la vida libre de los insurrectos sea una tentación para ellos, no obstante que el comisariato de los últimos se vea reducido á veces á boniatos, malangas y juitas.

Todo esto explica el por qué muchos desaparecen durante las horas de la noche, sin que se vuelva á saber de ellos, hasta que en medio del fragor del combate se encuentran frente á frente á sus antiguos compañeros.

A medida que el sol se eleva en el firmamento y llegan las horas

del medio día, el calor se va haciendo cada vez más insoportable, y los vapores producidos por la caldeada vegetación convierten en irrespirable la atmósfera. Los soldados, excepto la hecha de los que están de centinela, desparrámanse en busca de los sitios que puedan ofrecerles alguna sombra para extenderse allí en una especie de transitoria siesta. Algunos—pobres locos—están comiendo plátanos, guayabas y chirimoyas; mañana estarán en el hospital gimiendo y sin sentido.

El joven centinela.

En uno de los puñtos más calurosos y que menos sombra ofrece de esta parte de la trocha, encuéntrase un centinela que no tendrá arriba de unos diez y seis años de edad. Es de los recién llegados, y vino de la Habana con el último destacamento, lleno de entusiasmo y ambición. “Saldré de la Trocha hecho capitán,” les decía á sus compañeros, y éstos se rieron de él y le apellidaron “El Ternero.”

El soldado que enfermó esta mañana mientras cavaba una fosa, en la que han sido ya enterrados los muertos de la noche anterior, se encuentra en el hospital. Está azul, rígido y echando espuma por la boca; sufre de un ataque de insolación y es probable que muera, pues en toda la extensión de la línea no se encuentra un solo pedazo de hielo.

Ahora traen á dos soldados de uno de los fuertes cercanos, que fueron heridos esta mañana por exploradores insurrectos. El uno tiene un balazo en el pecho, y al tratar el médico de sondearle, espira y muere. “Afuera con él y al hoyo!”, es la orden que reciben los camilleros.

El otro recibió una herida en la cadera, y se encuentra allí tirado quejándose y clamando por su madre.

De buenas á primeras desaparece el sol y se oye un largo trueno: es la señal de la cotidiana lluvia. Montones de azulosas y negras nubes con su tremenda carga de agua, relámpagos y truenos, véense por el Sur. En el corto espacio de unos cuantos minutos se ha convertido el cielo en un lívido mar aéreo, y todo el mundo, excepto los centinelas, corre á guarecerse.

Los techos de guano de los ranchos están llenos de goteras, y las arañas y alacranes salen mojados y furiosos de sus guaridas corriendo por las paredes. Al soldado enfermo de insolación le